

VALLESPÍN, Fernando. *Política y verdad en el Leviatán de Thomas Hobbes*. Madrid: Tecnos, 2021, 219 pp. ISBN: 9788430981618

La obra *Política y verdad en el Leviatán de Thomas Hobbes* nos señala desde el inicio que uno de sus objetivos es evitar tratar las ideas más manidas dentro del pensamiento hobbesiano, para demostrar el rendimiento de su filosofía, tomando como tema central «la guerra de opiniones» que, tanto hoy como en la época de Hobbes, constituyen uno de los problemas de la política y su lenguaje (cf. pp. 21-23). Vallespín incide en el interés científico del autor inglés, cuya obra capital encontramos influida por el método euclídeo, que fascinó a Hobbes y que sirvió como modelo para la mayoría de los autores modernos, proporcionándole fama y difusión en los círculos intelectuales tanto de su época como posteriores. A dicha fama contribuyó también un marcado realismo político que, en la línea de clásicos como Maquiavelo o Tucídides, le hace anteponer «el acaecer político» frente a «sus otros intereses intelectuales» (p. 52), aunque esto no puede llevarnos a la errónea interpretación de que el *Leviatán* fuese llanamente un tratado de intervención política, cuyo rendimiento quedase circunscrito solamente al convulso siglo xvii inglés. Al apoyar sus ideas políticas en la floreciente filosofía natural moderna, dota a estas de un carácter novedoso, poco explotado hasta la época, distante respecto al enfoque que, sobre los mismos problemas, podían pensar de manera distinta los filósofos de la Edad Antigua o la Edad Media. Además, el autor de la obra procura no dejar en el tintero

el hecho de que, en Hobbes, sumado al interés por la nueva ciencia, encontramos un gusto humanístico, así como la influencia de su atropellada vida a la hora de elaborar su corpus.

Como hemos señalado hace unas líneas, Vallespín toma a Hobbes como pensador clave en lo referente a la «guerra de opiniones». El autor del *Leviatán* procura, entre otras cosas, advertir la arbitrariedad que ha reinado hasta entonces en el campo de la teoría política, cuyos presupuestos habrían nacido, en numerosas ocasiones, de la simple opinión. Esto lleva a cualquiera que pretenda estudiar con seriedad la «ciencia» política, a intentar cambiar la orientación de esta, introduciendo en ella el modelo axiomático deductivo y las definiciones no contradictorias, por mor de la comprensión del objeto estudiado, siendo en este caso el estado, la sociedad, o las mismas relaciones políticas de los hombres y su naturaleza. Dicho problema, proyectado sobre el campo del discurso político, se puede resumir en lo que Vallespín llama «síndrome de Babel», es decir, el proceso mediante el cual, el lenguaje pierde su dimensión comunicativa y clarificadora compartida, y se torna en algo individual e ideológico, a través del cual cada individuo entiende lo que quiere o le conviene (cf. p. 99-102). Ejemplos de este hecho en la actualidad se pueden contar por cientos cada día, al abrir el periódico o encender la televisión. Simplemente podemos pensar en la pérdida total de significado que conceptos como los de *libertad* han sufrido en los últimos tiempos. Sin embargo, el politólogo español no duda en presentar cierta ambigüedad referente a la filosofía hobbesiana: mientras se opone a un ejercicio del lenguaje

en «ciencia» política alejada del usado en el resto de las ciencias, no le queda más remedio que enfangarse en el recurso a una exposición que excede los límites que él mismo pretendía no pasar, como condición necesaria para participar en la «guerra de plumas» de su tiempo.

El título de la obra de Hobbes tendría una doble implicación, dejando abierta cierta ambigüedad para la pluralidad de interpretaciones. Por un lado, el *Leviatán* como soberano que acoge a los miembros de la comunidad, y por el otro, bajo la forma de monstruo, capaz de destruir a los mismos integrantes del pacto que pongan en peligro o amenacen la estabilidad de la mencionada comunidad. Encontramos una doble función: *proteger* a los individuos del desorden y la barbarie propias del estado de naturaleza, pero a la vez y como condición necesaria para ello, causar miedo por las consecuencias del incumplimiento del pacto hacia aquellos mismos que está protegiendo o, dicho en palabras del propio Vallespín: «por un lado, el Estado nos libra de la ansiedad provocada ante el temor a la violencia y a la muerte propia del estado de naturaleza; pero, por otro, aquel no es eficaz si no es a su vez temido» (p. 142). En la obra, a pesar de haber partido de la pretensión de científicidad propia de Hobbes, en la mitad de esta nos encontramos con el inevitable análisis del miedo como elemento cohesionador del sistema político y social. Dicho temor, evidentemente, no cae del lado de lo racional y «científico», sino que enlaza más bien con la tradición precedente, en la cual, moral y política se encontraban íntimamente relacionadas. Estamos ante una propuesta que combina el interés por una nueva

fundamentación teórica acorde con los «nuevos tiempos», sin olvidar que para su aplicación práctica resulta irrenunciable la introducción de lo que tiene que ver con las emociones (el miedo) y las opiniones. Otra diferencia (en este caso mucho más rupturista) respecto a la tradición, la encontramos al analizar la «vida política», entendida a la inversa respecto a Aristóteles. Mientras que para el estagirita el hombre era un «animal político», de la *polis*, y esto constituía su propia naturaleza, en Hobbes vemos como la política es algo convencional, una construcción del hombre que, pudiendo dar la espalda a la dimensión política antes señalada, prefiere contemplarla, vivir en sociedad y desarrollar su razón instrumental, para así poder vivir mejor de lo que lo haría en el estado de naturaleza.

La parte final de la obra se encuentra dedicada al binomio política-religión. Vallespín emprende en el quinto y último capítulo del libro, un análisis de la propuesta que el inglés defiende en su obra magna, resaltando la centralidad que ocupa tanto en esta como, por ejemplo, en el *De cive* y que, sin embargo, sería una de las partes menos atendidas de su teoría. Remitiendo al origen latino de religión (*religio*, unión), el autor vería en Hobbes una actitud «pragmatista» de la religión, que se podría resumir en la idea de que, siendo esta algo inevitable en las sociedades humanas, lo mejor es potenciar sus elementos más convenientes, con el objetivo de evitar la disolución y la discordia de los individuos entre sí. Como bien se nos advierte en el texto, la posición particular que el inglés tuviese a este respecto poco influye en los análisis filosóficos

de su obra, si bien es cierto que, por diversas cuestiones entre las que sus intérpretes han destacado, por ejemplo, la fundamentación de su ontología, o la pretensión de acercar la religión a la naciente ciencia natural (siempre para «evitar la desestabilización política derivada de la cuestión religiosa» (p. 181)), Hobbes adoptó una posición que, podríamos calificar como agnóstica, y por tanto, no abiertamente atea. Uno de sus mayores intereses interpretativos reside en el examen crítico de las Sagradas Escrituras, con la pretensión de eliminar el potencial miedo innecesario que estas pudiesen causar en el vulgo, para que el único miedo posible fuese el profesado hacia el soberano, facilitando la estabilidad. Por tanto, lo que remarca la interpretación expuesta en este libro tiene que ver con «la disolución del fenómeno religioso en el Estado, que es

una manifestación más del primado de la política» (p. 201).

Para terminar y siguiendo el interés que marca la última parte del libro, Vallsespín engarza la cuestión de la religión en el contexto que vive Hobbes, con el problema que pretendía abordar al principio, característica del presente: la «guerra de opiniones». De manera análoga a la forma en que las diferentes interpretaciones sobre cuestiones religiosas producían disenso entre las personas, sirviendo como caldo de cultivo para la disgregación política, las opiniones infundadas de nuestra época también derivan en el malestar social, de ahí la necesidad de unificarlas en referencia a criterios lo más racionales y unívocos posibles.

Álvaro PAVÓN GONZÁLEZ
Universidad Complutense de Madrid
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7120-9130>